

LOS DEBATES

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO UNIVERSITARIO

Año III - 3ª Época

Montevideo, Marzo 30 de 1898

Tomo III—N.º 2

LOS EXAMENES DE MAYO

Es este el primer año, que los exámenes complementarios de Noviembre, se efectúan en una época distinta, á la de hasta ahora consagrada

Los resultados contraproducentes de los exámenes de Julio, hicieron ver claramente al Consejo Universitario, la conveniencia de cambiar el tiempo de exámenes, y una resolución de este mismo Consejo, señaló el mes de Febrero para que se efectuaran las pruebas que el estudiante no había podido rendir en Noviembre.

Dos años tan solo, 95 y 96, fueron suficientes para demostrar de una manera acabada, que si los exámenes de Julio no daban resultados satisfactorios, pues cortaban los estudios, al instalar mesas examinadoras, en las mismos salones de clase, los de Febrero no aportaban ningún beneficio al estudiante, desde el momento que era imposible prepararse en dos meses, en los dos meses mas insoportables de la estación del Verano, para completar un año, ó para rendir algunas de las materias que se pudieran tener atrasadas.

No era seguramente el Consejo Universitario quien debia de fijar la época de los exámenes, si no tenía en cuenta como parecían las conveniencias de los interesados.

Fué la Comisión Directiva de la Asociación de los Estudiantes, quien haciéndose fiel intérprete de las aspiraciones estudiantiles impuso á las autoridades Universitarias la necesidad de una nueva reforma, señalando el mes de Mayo en vez del de Febrero.

Las autoridades Universitarias cedieron, y la iniciativa laudable tomada por la Asociación, fue coronada con el éxito.

Sin embargo, no es ahora la novedad de los exámenes de Mayo, ni la novedad de los nuevos programas, lo que llama la atención, entre los estudiantes, y sobre todo entre los que cursan los primeros años del bachillerato.

El cambio de estudios, la reforma de programas, trajo consigo como es sabido un modo distinto al de hasta ahora establecido para dar examen.

El examen oral, por el nuevo reglamento, queda suprimido, debiendo éste ser escrito.

Cuando el Consejo Universitario declaró en vigencia este nuevo método, una atmósfera de oposición se levantó en la Universidad, una corriente de protesta cundió por las facultades donde este cambio afectaba. Pues se hacía una modificación tan radical, que desde luego inhabilitaba á aquellos que por naturaleza no tenían facilidad de escribir.

El año 97 se tornaba difícil para los estudiantes. La política de entonces, el movimiento de opinión, la guerra civil en campaña, alejaban diariamente de las aulas Universitarias á multitud de estudiantes, y el desaliente y el desgano por el estudio cundía hasta en aquellos espíritus, cuya afición por el trabajo los aparta por completo de los acontecimientos políticos, por mas trascendentales que sean.

Con todo, ese año, el año 97, era el elegido para establecer la reforma.

En estas condiciones los exámenes de aquella época se hicieron imposibles, y los

pedidos de los estudiantes encontraron también eco en los miembros del Consejo Universitario.

Los exámenes escritos fueron suprimidos para aquel mes de Noviembre debiendo sin embargo efectuarse como lo marcaba el reglamento en el próximo Mayo.

Así es que á fines de Marzo, casi en vísperas del mes de los exámenes, cabe una pequeña pregunta que hacer.

¿Serán benéficos los resultados del examen escrito? Si atendiéramos únicamente á lo que se ha obtenido en la Facultad de Derecho podríamos responder que hasta cierto punto no han sido satisfactorios porque el estudiante por lo general no estaba preparado para responder por escrito, á las preguntas que se le hacían ya por falta de práctica ya por cualquiera otra razón.

Ahora bien en la Facultad de Preparatorios va á suceder algo semejante á lo que ha pasado en Derecho. En ninguna clase, casi podríamos afirmar, se han hecho ejercicios por escrito ni se tienen ideas de hacerlos antes de Mayo. Lo que resultará de esto, es fácil concebirlo.

Pero no es esto solo, hay mas aún, si de los estudiantes de años adelantados, que forzosamente tendrán que escribir mas ó menos bien debido á las materias ya rendidas, pasamos á los estudiantes de primero, segundo y hasta tercer año, niños aún, en su mayoría, nos encontramos con la imposibilidad de la realización del examen, cualquiera que sea el tema que se les dé, por la sencilla razón que si los estudiantes de años superiores tienen dificultades para el examen, ellos que no han escrito sino lo que se enseña en los colegios, estarán doblemente, en peores condiciones.

Sin embargo esto no obsta para que se crea que nosotros somos enemigo decididos del examen escrito. No. Nosotros al trazar estas líneas lo hacemos con el único deseo de apuntar ligeramente los incon-

venientes que pueden sobrevenir, de unos exámenes á los cuales los estudiantes irán sin una suficiente preparación.

P. B. A.

RIMA

Soñé con una virgen
De castos ojos, y de carnes pálidas;
Y al abrazar su cuerpo,
Me ví con el insomnio cara á cara.
¡Que semblante mas triste!
¡Que mirada mas trágica!
¡Que sonrisa mas fría!
Como me heló con su caricia el alma!
Y me tomé frenético en sus brazos,
Y me estrechó en sus garras,
Y me bebí el aliento,
Y me besó en la cara.
¡Ah! ¡Que horas, Dios mio!
¡Que horas de desgracia!
Si no es por tu recuerdo
Me mato aquella noche, madre amada.
¡Huye insomnio, de mí! grité sin fuerzas,
¡Huye! grité con ansias;
Me dió el último beso,
Y partió con el alba

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.

FELIX CAVALLOTTI

No podemos permanecer impasibles, cuando un acontecimiento sombrío enluta á un pueblo de nuestras afecciones; esa tierra clásica que corre á beber su inspiración en las ondas tranquilas del Mediterráneo, acaba de recibir el golpe rudo de una ley fatal, al arrancar de su seno, el más eminente de sus hijos.

Si la Justicia dejara de ser un concepto abstracto y tuviera conciencia de las acciones humanas, iría á humedecer, con lágrimas de gratitud, la loza funeraria de su tumba.

Llevado por tendencias patrióticas y nunca embriagado en la perspectiva de ver sus cienes ceñidas con las palmas del guerrero, luchó por la unidad de su patria en los campos de batalla, á las órdenes del capitán generoso, que más tarde fué á ofrecer su espada á la víctima de Bismark, vencida por el furor de las granadas prusianas. En

su adolescencia, arrastrado por la ola torrenciosa de las ideas liberales é inspirado en la epopeya republicana, su estro de fuego estalló en cantos soberbios, en acentos demasitados fuertes que lo condujeron al fondo de una cárcel.

Se remontó hasta las cumbres del parnaso contemporáneo, exhumando asuntos de edades muertas, deleitándose en esos resplandores sublimes en oposición con las tibias claridades de las penumbras; seduciéndole esas contemplaciones metafísicas en contraste con el sensualismo de las pasiones; pero es lástima que el alma poética del autor de *Los Mendigos*, no haya tenido vibraciones más intensas, pues se perdían confusamente entre el estrépito de las liras de Manzoni y de Leopardi.

El duelo, acabó con la existencia borrascosa del jefe de la Italia republicana cuyo talento era la fuerza motriz que daba impulso á ese vasto mecanismo; los acentos del legislador, que, desde lo alto de la tribuna parlamentaria aplastó á su auditorio bajo los raptos de su elocuencia poderosa, no se oirán más: se extinguió para siempre esa figura que veíamos como iluminada por los reflejos sangrientos de un incendio.

Cada homenaje que se tribuía á la memoria del gran escritor, es una protesta contra ese torneo brutal en que un hombre aventura su existencia y sucumbe, sin gloria, en aras de un furor desesperado; se consuma un crimen horrendo no obstante los códigos penales son impotentes para castigarlo; la sociedad admite en su seno al homicida y lo ampara con sus leyes.

El gran hombre fué inmolado en la lid de dos pasiones encontradas, el destino le deparó la misma suerte que antes á Pouchkine, el poeta más grande de la Rusia.

Una mano siniestra mancha, con sombras luctuosas, la reseña literaria de ese pueblo hacia el que profesa una especie de sentimiento de superstición, cada vez que

recuerdo las hazañas de sus guerreros, las glorias lejitimas de sus artistas, las canciones melancólicas de sus vates, los sonetos inimitables de su Petrarca, y, cada vez que me absorbo en la contemplación de esas armonías infinitas que flotan en sus páginas eternas.

A. Lapujades.

A tus labios

Las mariposas tornasoladas,
Muy coloridas y delicadas,
Que van volando de flor en flor,
Posarse suelen equivocadas
Sobre tus labios rojos de amor.

La inquieta abeja, que en ansia loca
La flor exprime que le provoca
Con su preciada, su dulce miel,
Besarte suele porque en tu boca
Ve el raso púrpura del clavel

El hombre ardiente que te enamora,
El que te quiere, y á quien adora
Tu pecho amante, bella mujer,
Besarte suele porque atesora
Tu boca efluvios del gran placer!

EMILIO FRUGONI

Montevideo Marzo de 1898

UNA CONFIDENCIA

(A mi amigo ARTURO LAPUJADES)

Era una de esas noches de crudo invierno. Un tupido y negro manto se había extendido en el cielo, cubriendo aquel fondo azul y aquellos brillantes lunares que, con su rítmico titular, parecen burlarse de la naturaleza humana al ver que sus esfuerzos son infructuosos para descorrer el espeso velo que oculta el mas allá. Las rachas de frio polar, perforando como agudas saetas, entumecían el organismo. Las gotas de agua impulsadas por el huracanado viento, batían las celosías, asemejándose á la temerosa é inquieta mano que, envuelta en las sombras de la noche, llama á la puerta de su ser querido.

Para librarnos de los veleidosos caprichos de la interperie, nos habíamos reunido con mi compañero Raul L... en su gabinete de estudio, alumbrado por la pálida luz que despedía una bruñida lámpara y rodeados por seres que no guardan en sus entrañas la infidelidad, sino la ciencia, el déleite, la fortuna, por seres que no se lamentan del abandono, que no celan si el ingrato los ha olvidado; y si otra vez, lleno de desengaños, llega á acordarse de ellos, abren humildemente sus pechos y ofréncle la savia de la imaginación ó la sabiduría de la ciencia, diciéndole: He ahí su felicidad.

Allí, con el abandono propio de la juventud que todo lo vé bajo un vivo color, nos hallábamos saboreando un exquisito habano, y nuestra fantasía adormecida se deleitaba en la contemplación de las espirales de humo que, al salir de nuestra bocas, formábanse en el espacio.

Con súbito arrebató y dándose una palmada en la frente, como evocando un recuerdo, díjome Raul: Quiero hacerte la confidencia de la historia de una noche serena y tranquila, de la cual aun conservo las huellas en las profundidades de mi alma dolorida;—y así empezó su relato:

Yo era un adolescente, casi un niño, habíame enamorado con la febril pasión de los veinte años y sentía bullir en mi ser el más puro y santo amor. Ella era una de esas criaturas que sólo por el acaso se encuentran en la naturaleza; alta, de ojos negros y misteriosos como el Averno; su mirada lánguida y pensativa digno espejo do estaba retratada su alma virgen; su sedosa y negra cabellera parecían bucles de azabache que la invisible mano del creador hubiera dejado caer en artístico desorden sobre su cabeza soñadora; sus labios cual tiernos pétalos de purpúrea rosa, se entreabrían para echarla divinal ambrosia que los antiguos hubieran llamado elixir de larga vida; su exuberante y bien modelado pecho hacía resaltar mas la finura

de su esbelto talle y la morbidez de sus esculturales formas, que iban á perderse en un pequeño y bien contorneado pié; en fin presentaba un conjunto que verla y palpar el alma de lujurioso anhelo era obra de un segundo.

Me había enloquecido detrás de aquella visión encantadora; deseaba un momento, un minuto para poderle confesar el amor que me había inspirado; mis esperanzas estaban casi agotadas ante la perspectiva imposible] de realizarlas.

Con el alma torturada por la amarga desilusión vagaba por las calles más desiertas, sin orientación, sin rumbo, sin fin.

Solo un pensamiento era el que imperaba en mi calenturienta imaginación, sólo *Ella* era el único objeto] de mi preocupación.

Cuando más abismado estaba en mis acerbos pensamientos un golpe suave recibí en el hombre, y al volverme para apostrofar á aquel que tan importuno había sido, oí estas palabras: ¿Oh gran anacoreta que andas haciendo que vagas como perro sin amo? Nada, contesté á esta pregunta, mas sentí dolor y placer al mismo tiempo: dolor, porque el pensamiento se había desviado de su recuerdo; placer, porque me encontraba con uno de mis amigos á quien más quería. Al darle mi contestación enlazó su brazo al mio, y dijo: vamos ¿Adonde? pregunté, á casa de S.... que esta noche dá una tertulia, contestó, y un mundo de pensamientos cruzaron por mi mente y como síntesis de ellos, díjele: no, no es posible.

Risa sarcástica fué la que se dibujó en su rostro y gozándose en mi estupor me dijo: ¡Ah, tonto, no sabes que allí está Rosina! ¿Como, quien te lo ha dicho? ¿como lo sabes? le pregunté impaciente. Nada me respondió y aprovechándose de mi asombro me arrastró en pos de él, diciéndome, allá nos esperan....

Mudo silencio fué el que reinó en el intervalo de tiempo que necesitamos para llegar allá.

Yo iba con el alma enchida de gozo; mi imaginación se había exaltado, habíame transportado á un medio diferente del que estábamos, me parecía vagar en medio de un celestial mansión; mis oídos percibían el enagenador cántico de las sirenas; mis ojos contemplaban el amoroso arrullo de las náyades; mi espíritu se había ensimismado en sus ensueños de esperanzal

Penetramos en aquella regia mansión y de pronto nada vimos porque la deslumbrante luz de aquellas bujías querían competir con el más esplendoroso sol del medio día.

La percepción de aquellos objetos fueron hiriendo nuestros sentidos á medida que nuestra vista se adoptaba al medio; por fin, llegamos á dominar aquellos suntuosos salones; aquí veíamos grandes jarrones chinoscos con sus exóticas plantas que cual cansados centinelas dormitaban manteniéndose fieles en sus designados puestos, formando artísticos paisajes si entrelazaban gasas de vaporosa seda con flores que exhalando sus últimos perfumes, parecían lanzar en su agonía su suave maldición á la mano cruel que las había tronchado! Allí, pequeños grupos de querubines que contándose sus cuitas sonreían con donaire de la fina sátira que habían dirigido á algún presuntuoso; en voluptuoso torbellino, siguiendo el compás de un armonioso *boston*, se veían parejas que estrechándose amorosas se mecían radiantes de placer y de hermosura; y allá, cual diamante abandonado, cual cisne herido, su pensativa cabeza yacía en el letargo de un lejano pensamiento....

La contemplaba extático, quería adivinar la causa de su profundo abatimiento.

De pronto se iergue sobre su flexible talle y aquella cabeza aniquilada por el pesar, recobra, como la planta que al extinguirse de sed, descubre la veta de agua, toda su lozana vivacidad.

Fijó, en mí, su ardiente mirada y de aquellos carbuncleos ojos partieron rayos

de intensa luz que irradiaron mi alma entenebrecida. Con la atracción poderosa que el astro ejerce sobre su satélite, habíame aproximado hasta ella: nada pudimos decirnos, y, sólo instintivamente y como aves perseguidas por el cazador, huimos de aquel bullicio buscando la soledad....

Allí sentados en marmóreo banco y circundados por espesas madre selvas que impregnaban el ambiente con su penetrante perfume embriagando nuestra excitada mente, nos hallábamos uno junto al otro inspirado por un mismo sentimiento y guiados por idéntica pasión.

Por breve instante permanecemos en mudo pero elocuente silencio. *Ella*, cual el débil junco al peso de la espiga, había doblegado su hermosa cabeza. ¡Sin duda soñaba..! Yo, embargado por la fuerza de mis tiernos delirios, quería hablarla, estrecharla contra mi pecho; pero temía que despertara demasiado pronto!

La tomé suavemente por una de sus buriladas manos y hablándole muy quedo expresé mis sentimientos que habían nacido esperanzados en su amor. *Ella*, al parecer insensible, escuchaba sin dar muestra de emoción aquellas frases de anhelado amor, aquellas interjecciones de dolor, aquellos ayes que partían de lo más recóndito del alma al ver que la mujer de mis amorous devaneos recibía con la más glacial indiferencia la confesión de mi ideal!

Yo enloquecía; aquel indiferentismo inexplicable oscurecía mi razón.

No hubiera podido dominar por más tiempo la exaltación de mis impulsiones si ella no hubiera fijado en mí, aquella mirada que como el naciente Sol, lleva la paz al anedrentado espíritu después de una tenebrosa noche. Estrechó mi mano convulsivamente y las precipitadas palpitaciones de aquel virgen seno me revelaron que había caído en las redes de mi amor y cual avecilla aprisionada abrió su pico y con acento moribundo díjome: ¿Y si me enga-

ñaras? ¡Ah! Esta pregunta hecha con la timidez del reo que está próximo á ser ejecutado, era todo una revelación, era la inconsciente confesión de su amor.

Así lo comprendí yo y no esperé más: caí de rodillas para jurarle la sinceridad de la sublime pasión que se albergaba en mi pecho y al estrecharla contra mi corazón también de hinojos se postró y nuestros labios frenéticos, vibrantes, sedientos de amor, sellaron nuestro juramento en el mismo instante en que un fúlgido rayo de la guía del viajero nocturno la instituía con la aureola celestial, la Emperatriz de mi vida!

Marzo de 1898.

Ramón B. Negro.

AYER

Al dar media noche, lejana, una estrella
Ceñida de nubes oscuras brilló;
Y al ver la mañana... borróse su huella,
Nubló su pupila la hermosa doncella:
Faltóle la sombra; ¡la luz se apagó!

Yo ví verdes hojas á un árbol prendidas
Que al soplo del aura fugaz, se mecieron;
Mas, vino el invierno, de frío ateridas
En tierra rodaron y en polvo esparcidas
Allí, solitarias, ¡Allí se murieron!

También ví una nube nadando en el cielo
Cual onda de sangre que el Sol encendió;
Más tar le detuvo su rápido vuelo,
Deshecha en pedazos, en fúnebre duelo,
Con sombras siniestras, su brillo empañó.

Ayer ví una niña dormir apacible,
Soñando á la sombra de su juventud;
Y al caer de la tarde, la parca invisible
Lanzóla iracunda, de un golpe terrible
Al antro profundo de un negro atand!

ARTURO LAPUJADES

LAS ACACIAS

DEDICADO Á MI AMIGO José S. Arrúe

Corrían las primeras horas de una hermosa y apacible mañana del mes de Enero del año 18...

El campo con su verde tapiz de trébol y gramilla se extendía á un tiro de fusil á la redonda, interrumpido por uno que otro matorral de espinosos *talas*, de cuyas hojas pendían las gotas de rocío que por efecto de la refracción brillaban como piedras preciosas. Por un lado la corriente mugidora del manso río Negro, entre festones de juncos y horeajes de sauces y *sarandís*, serpenteaba cual una plateada cinta; y por otro, á lo lejos, se alzaba un enmarañado horques de aromos y *nandubays*, al abrigo de cuyos ramajes, tejidos por florecidas enredaderas de *biricuyás* y claveles del aire, las aves construían sus nidos.

A este cuadro rebotante de alegría y de verdor, iluminado por los primeros fulgores que irradiaba Febo, envuelto en tenues y blanquecinas nubecillas á manera de tules, servía de marco una série de pintorescas cuchillas, cubiertas, en parte, de cardales, y coronadas por pequeñas arboledas, que diseminadas aquí y allá, constituían otras tantas estancias.

En el ramaje, los dulces trinos de la zalandria y los gorjeos del jilguero, esos ruisenores de nuestras selvas, el canto del cardenal, la algarabía de los *piririguas*, del *hornero* ó del *vente-veo*, confundido con el parloteo de los loros al asomar en sus voluminosos nidos y en el llano el mugido de los vacunos que pacían la fresca yerba, el relincho de los potros que se desprendían de la manada para bajar retozando hasta el límpido abrevadero del río, el monótono balido de los rebaños y en fin, el rumor selvático y armonioso en su conjunto, que la Naturaleza entonaba al despertar, eran transportadas por las invisibles alas de las auras matinales, que impregnadas de un aroma cerril, hacían deliciosa la estadia en aquellos parajes.

A esa hora, un regimiento de caballería revolucionaria, entre los relampagueos que producían los primeros rayos del sol, al reflejarse en las hojas de los sables y

las lanzas, al galope de los corceles, la mayoría *redomones* de *bocado*, que hacían sonar los cascots y piafaban encabritados por el golpe de las *lloronas* y el ruido de armas, bajaba la suave falda de una de las lomas. Era un grupo de voluntarios de los pagos cercanos, unos trescientos paisanos de gallarda apostura, con su proverbial aire de nobleza y valentía, montados con arrogancia, que respondiendo al grito de rebeldía, cuyos ecos vibraban [de uno á otro de los confines del país, conmoviendo la fibra guerrera, buscaban la incorporación al grueso del ejército patriota.

El aspecto marcial á la vez que pintoresco, que la vestimenta y el material bélico, daba á este grupo de hombres morudos, acostumbrados á los penosos rigores de la vida montaraz y nacidos si es posible entre el humo de las descargas y el alarido salvaje de los entreveros sangrientos, era verdaderamente caprichoso y original. Cubiertos de arapos por decirlo así, con un *chiripá* roto ó un cuero de carnero ya sin lana por el uso, ostentando largos y encorvados sables de caballería ajustados á la cintura y muy dignos hoy de figurar en un museo por pertenecer á los tiempos de antaño; terciada sobre una que otra espalda la tercerola de chispa cubierta de herrumbre ó dejando ver por entre los pliegues del poncho ya incoloro y desgarrado por las ramas de las selvas que atravesaban, la culata de algun voluminoso trabuco *naranjero*; gastando la tradicional *bota de potro*, que no llegaba á cubrir completamente el pié, pero á la cual no faltaba la ruidosa *nazarena*, que hincaban en los hijares del *flete*, sin piedad, hasta teñirlas de sangre; cubiertas las cabezas por agujereados *chambergos*, cuyas anchas alas caídas sobre un lado ocultaban ojos vivos de mirada huraña y torva, ó simplemente ceñidas algunas frentes por *vinchas* que sujetaban largos y achatadas melenas y empuñando todos la legendaria lanza de tacuara en cuyos cantos ó medias lunas,

flameaban los colores del pabellon patrio, denotaban á seres nacidos mas bien para los ardores é impetuosos sobresaltos de la pelea que para gozar de las venturas del hogar apacible. Traían á la memoria, el recuerdo de aquellos bravos centauros de guerrera estirpe, hijos de la soledad de nuestras llanuras ó del misterio de las selvas, que en los tiempos heroicos de la independencia, cruzaban la campaña batidos por el pampero y rendían caras sus vidas, batallando en las cuchillas al grito de *libertad ó muerte!*

El escuadrón, aunque casi sin orden en sus bizarras filas, se movía en columna-cerrada, habiendo acortado el paso como preparándose para evolucionar. A vanguardia marchaban el jefe con sus improvisados ayudantes y un negro joven, descalzo y arremangado, que por el bélico bronce que empuñaba en la diestra, indicaba ser el trompa de órdenes. Obedecía al nombre de Gollo.

El primero era la encarnación perfecta del antiguo caudillo guerrillero, de aquel hombre que por su arrojado valor, puesto á evidente prueba en cien aventuras, dotado de un caracter indómito é imperioso y que por las proesas que había hecho con la lanza y la daga, lograba infundir respeto y admiración hacia su persona, en los pagos donde moraba, cuyos paisanajes vencidos por la ley de la fuerza, lo proclamaban jefe, sometiéndose á su mandato y siguiéndolo en sus aventuras guerreras, sin que trataran, si es posible, de averiguar la causa que iban á combatir ó á defender.

Berne así se apellidaba el caudillo que presentamos era un tipo verdaderamente arrogante; su cabeza erguida y mirando en todas direcciones, como queriendo interrogar al horizonte, la nariz aguileña, los ojos mas bien pequeños pero inquietos, la pureza de la rectas que diseñaban su faz angulosa ó que marcaban otras tantas arrugas de su adusto ceño, eran símbolo de la

viveza vigorosa de su caracter, que denotaban al criollo campero, al militar astuto y prevenido que no se abandona al peso de las fatigas, ni se rinde ante la barrera de los obstáculos imprevistos. El peso de sus cincuenta y tantos años solo habian plateado el cabello, pero no lograban doblegar aun su cuerpo al parecer de acero.

El grupo guerrero continuaba su marcha pausadamente como buscando un sitio apropiado para acampar. De pronto el comandante mirando al negro dijo:

Tocá *alto*, retinto.

Y Gollo embocando el instrumento de guerra, en su boca de orangután, sopló con toda la fuerza de los pulmones, haciendo vibrar los aires con las notas de *atención* primero y despues de *alto*, á cuyo eco los jinetes, como tocados por un resorte, sufrieron sus briosos pingos que se sentaron sobre sus patas, levantando los remos en medio de una nube de polvo. Se dió despues la orden de acampar y al poco rato numerosos fogones atraian á su alrededor á la criollada que libre de la disciplina de la marcha entre sorbo y sorbo de *cimarrón*, comentaban en todos los tonos las aventuras de que cada cual había sido objeto durante la marcha de la noche anterior, mientras otros más cuidadosos de su fiel amigo, bañaban los caballos en el río ó trataban de encaminarlos, hacia un grupo de corpulentos talas á cuya sombra la yerba crecía mas fresca y abundante.

Acto continuo se distribuyeron, algunos exploradores avanzados, uno de los cuales un gauchito casi imberbe de simpáticas facciones y boca de clavel punzó, cabalgando un *picazo* negro, de gran alzada y planta vigorosa en momentos en que al paso se encaminaba á cumplir su consigna, con aire de resignación por la suerte que le tocaba, oyó que de un fogón cercano le gritaban:

—*Aparcero* Silvestre no le mesquine *confites* á los *apestaos*.

El criollo dió vuelta la cara, al tiempo que sujetaba al corcel, y al reconocer en el que le hablaba á un compañero suyo, solo contestó:

De juro.

Y al poco rato se internaba lentamente, en la espesura del bosque cercano, tarareando un *triste*.

II

Silvestre Berne, hijo único del comandante del destacamento, era un paisanito de los campos que baña el Minuano, que contagiado por el entusiasmo bélico de sus compañeros, é impelido por otras causas de que despues se enterará el lector, se lanzaba por primera vez, con el ardor de la juventud á los penosos azares de una campaña revolucionaria.

De cuerpo esbelto y delgado, con musculatura de hierro y agilidad felina, poseyendo una estatura mas bien alta parecia contar á lo sumo unos diez y nueve años.

Su cabeza pequeña y de movimientos vivos, su tez bronceada por los ardores del sol, sus graciosas y bien delineadas facciones en las que la vida agreste había marcado el sello característico, sus ojos pardos de mirada avisora y penetrante como la del águila, sus sensuales labios de grana sombreados por un vello apenas perceptible, y que al entreabrirlos dejaban ver una hermosa hilera de dientes, su abundante cabello negro ligeramente encrespado y finalmente las reconocidas prendas de caracter que lo adornaban, lo hacían simpático y atrayente.

Silvestre poseía la fiereza indomable que caracteriza á los hijos de las comarcas que el Plata salpica en sus días de borrasca, como si éste les hubiera infundido sus bríos colosales, enviándoles alientos de titán en las alas poderosas del pampero, cuando roza sus ondas y las transforma en rugientes montañas de espuma. Heredaba la virilidad y robuntez de los charruás, aquellos jaguares que enmascara-

dos en sangre no bramaban por el dolor punzante de las heridas sinó por la pérdida de la más ínfima parte de la tierra que nos habian de legar, cuando la osaba hollar con su planta el extranjero dominante.

Era, en una palabra, el tipo refinado del criollo cerril, y como se había educado en el trabajo de las faenas camperas manejaba el lazo y las *tres marías*, como llamaba él á las *boleadoras*, con la misma habilidad que de un salto se ahorquetaba en un potro ó sujetaba una rez brava aunque fuese en la cuesta de la mas abrupta lomada.

Tanto los paisanos *maduros*, como la mas remilgada y linda de las chinas del *pago* del Minuano, admiraban á Silvestre con cierto respeto, cuando asiéndose de las crines de algún *redomón mañero* lo montaba en el aire con la mayor seguridad de acción, ó cuando sentado en la osamenta de una cabeza de vaca, con su chiripá de lanilla celeste y un clavel en el pabellón de la oreja, tomaba una posición peculiar en él y hacia gemir la guitarra al contacto de sus dedos, entonando con voz alegre ó melancólica, según el caso, alguna canción de la tierra.

En cuanto á pasiones, el paisanito Berne, era muy recatado. Tan pronto un amorecillo por acá como otro por allá; le agradaban todas pero no prefería á ninguna. Libaba de flor en flor, como una abeja en los copos del cardisal, pero no hacía mas que papar sin detener en ninguna á dar expansiones á sus instintos ardientes y sensuales.

A pesar de ser tan libre como el aire que respiraba, muy pocas veces se había alejado de los pagos donde había visto la primera luz y á los cuales amaba como saben hacerlo nuestros paisanos al terruño donde han nacido, cada una de cuyas cuchillas tiene para ellos un ruzuerdo.

Solo de cuando en cuando en la época en que las labores del campo, como las

esquilas ó las *marcaciones*, solicitaban brazos, Silvestre recorría las estancias cercanas en procura de trabajo ó de diversión, luciendo entonces, aunque sin buscarlo y aun hasta sin advertirlo, sus habilidades de buen ginete ó de guitarrero.

Describamos una de estas escenas, aunque sea brevemente.

Fué á la caída de una serena y tibia noche de Noviembre en «Las Acacias» la estancia de *ño* Indalecio, un viejo viudo y acaudalado tan bonachón como lleno de manías y ridiculeces. El establecimiento ocupaba un sitio inmejorable en la parte mas elevada de una lomada que descendía por un lado hasta bañar su falda, en las aguas de un arroyo bordado de exuberante vegetación.

Una espaciosa y cuidada calle formada por dos hileras de acacias que embalsamaban el ambiente con el perfume de sus vistosas flores que pendían á manera de racimos blancos, conducía hasta el patio de *las casas* plantado de limoneros, plátanos y aromos.

Se festejaba la terminación de las *esquilas*.

Esa noche, la luna en la plenitud de su poder luminoso, como un foco de luz volcánica, trasportado á las azuladas regiones del infinito, lo inundaba todo con su luz de pálidos fulgores y así se explicaba que los invitados morosos, pudieran antes de llegar al *palenque*, darse cuenta casi exacta, del entusiasmo y la animación que reinaba en aquella rústica fiesta del trabajo. Cantos, guitarras, golpeteo de espuelas y voces que indicaban las figuras del *pericón*, era lo que mas se destacaba de aquel bullicioso enjambre de polleras y *chiripás* en constante remolineo.

Las *mosas* de los alrededores, á cual mas garrida y mas salamera acrecentaban con su presencia los atractivos de aquella reunión, luciendo en medio de remilgos y graciosas volteretas, sus mejores trajes de

percal bien esponjados por la plancha y el almidón. Entre ellas se destacaba por su particular belleza, Mercedes la hija única de don Indalecio. Era la reina de «Las Acacias» y en esa ocasión, también, la reina de la fiesta. Tenía el rostro moreno y espesa trenza con reflejos de azabache. Sus grandes ojos negros, poseían algo del misterio de la noche y del casto fulgor de las estrellas y en su pequeña boca de labios rojos como la carne del sabroso *biricuyá*, parecía asomar el ardor de su temperamento fogoso, intenso, como los rayos solares del mediodía. La gracia de su cuerpo era comparable con la de un ave y la suavidad y dulzura de sus ingenuos modales con la de la brisa campera, que apenas logra mecer los azules penachos del cardal.

Llevaba vestido granate, liso y completamente suelto, que apenas llegaba a cubrir un bien contorneado tovillo y hacia adivinar unas formas esculturales. En la parte superior de su renegrida trenza, se había colocado un moño blanco que parecía un pájaro que abatía las alas sobre aquella cabeza.

Mercedes, era en fin, una de esas flores agrestes, para las cuales se muestran tan fecundas, las cuchillas de nuestra campaña. Su hermosura era verdaderamente peregrina, refrescada la tez solamente, en el líquido cristal del arroyo y perfumada por el aliento de los campos.

(Continuad.)

VÍCTOR HUGO

EN LA ISLA DE JERSEY

En la desnuda playa
De la muda Jersey, veréis un hombre,
De blanca faz y de cabellos canos,
Reposar solitario en una roca.
¿Quién es? ¿Que hace allí? ¿Quién lo ha llevado
A ese fúnebre sitio, donde braman
Horrisonos los vientos, do se agita
Feral el oleaje embravecido;
A ese oasis sepulcral clavado
En la ecuórea extensión? ..

Nada responde.

Tal vez sólo las olas caprichosas,
Esas sonrisas móviles del piélago,
Sobre sus cre-tas espumosas traigan
De la orilla lejana algún mensaje.
Se acercan en efecto, presurosas
A la playa fatal; llegan al sitio
Do el anciano reposa, se detienen,
Y con ronco lenguaje así le dicen:
"Despierta genio soberano, pulsa
La abandonada lira, y con la fuerza
De tu acento inmortal, anuncia á Francia
Que en el negro peñón, donde las furias
De su déspota odioso te arrojaron,
Aún soberbia y magestosa vibra
Tu inspiración genial!"

Al oír esto

Se incorpora de súbito el anciano.
Sacude con gallarda altanería
Su blanca cabellera, esa corona
Que la inmortalidad ciñó en sus sienes;
Sus dos ojos, luceros fulgurantes
Que colocó en sus órbitas el genio,
Relampagueando de pasión se fijan,
Con tenaz insistencia, hacia la costa
De la patria infeliz; y con acento,
Robado al trueno que en la altura estalla,
Su voz prorrumpe en maldición eterna
Al trono y al altar.

Entonces pudo

Ver el mundo aquel lúgubre peñasco,
Al que creyera sepultura triste
De su anciano habitante, transformado
En pedestal eterno de la fama.
De aquel genio inmortal, de Víctor Hugo!

Montevideo Marzo de 1898.

PEDRO MANINI RIOS.

EL GENIO ⁽¹⁾

(Traducción de M. GUYAU)

Esta ley fue formulada como sigue por M. Hennequin:

«Una obra no tendrá efecto estético sino sobre las personas que se hallan en posesión de una organización mental análoga ó inferior á la que ha servido para crear la obra, y de la que puede ser deducida.» Ninguno admite, por ejemplo, una descripción si ésta no le parece ser verdadera, pero esta verdad es variable, es una idea; no resulta de la experiencia exacta, pero si

(1) Impulsados por el intento de atender algunas exigencias del programa de Literatura, publicaremos para los estudiantes de esta materia, la transcripción del capítulo de la obra de M. GUYAU, titulado *el Genio*; este estudio comenzó á aparecer en la 1.ª época de esta Revista; nosotros continuaremos ese trabajo de traducción que se dejó truncado.

de la concepción fría ó apasionada, real ó ilusoria, que se ha hecho de las cosas y de las personas.

Por una parte, pues, la obra de arte es la expresión más ó menos fiel de las facultades, del ideal, del organismo interior de los que ella desmenuza; por otra parte, la obra de arte es la expresión del organismo interior de su autor; se sigue que se podrá, pasar del autor, á los admiradores por el intermedio de la obra y concluir en la existencia de un conjunto de facultades, de una alma análoga á la del autor; en otros términos, será posible definir la psicología de un grupo de hombres, y de una nación por los caracteres particulares de sus gustos. Una literatura, un arte nacional, se compone de una serie de obras, signos á la vez de la organización general de las masas que las han admirado, y de la organización particular de los hombres que las han producido. La historia literaria y artística de un pueblo, siempre que tenga cuidado de eliminar las obras cuyo éxito fue nulo y de considerar cada autor en el grado de su gloria nacional, presenta pues «la serie de organizaciones mentales tipos de una nación, es decir, las evoluciones psicológicas de esta nación.»

La doctrina sostenida por M. Hennequin tiene su parte de verdad; pero, según nosotros, su autor la ha exagerado. El mismo ha visto un parte de las objeciones que se le puede hacer, pero no ha respondido de una manera satisfactoria; ó á lo menos no ha restringido su teoría suficientemente para impedir el desborde de la verdad. Al principio no puede concluir de una obra á una nación, y M. Hennequin lo ha autorizado, después de haber determinado la importancia relativa del grupo al cual ha llevado la obra. Y la época precisa para la que es un documento. Ese es un trabajo muy difícil. Además, M. Hennequin no ignora que excepto los artistas y escritores, la mayor parte de los hombres no aman, en los momentos de ocio, el sumergirse en

las preocupaciones análogas á las que constituyen el fondo de su actividad habitual.

La mayoría de los comerciantes, de los políticos, médicos, prefieren los libros, los cuadros, los trozos de música opuestos de tono y de tendencia á las disposiciones de las que deben usar en su vida activa. M. Hennequin observa que la predilección de los obreros por las aventuras que corren en un mando maravilloso, le atrae las historias maravillosas ó sentimentales para ciertas personas de ocupaciones incontestablemente prosaicas, el encanto que los habitantes de las ciudades encuentran en los paisajes; los hombres habitualmente simples y tranquilos son á menudo ávidos de la música más apasionada. Evidentemente estas personas no encuentran en el arte sino un *descanso* que *Pascal* llamaba una diversión. Se podría deducir de esto que en un gran número de hombres, el carácter particular de sus fruiciones artísticas ilustra solamente sus facultades secundarias y supérfluas, alguna vez sus simples aspiraciones y no sus facultades esenciales. M. Hennequin se niega, no obstante a esta conclusión. El dice que tiene un «hombre interior» á menudo muy diferente del «hombre social»; pues no se puede conocer, añade, este hombre interior sino por los actos libres y *no interesados* del individuo por la elección de sus placeres, por el jugo de sus facultades inútiles. Los hombres en su vocación *nativa* presentan raramente, agrega M. Hennequin, un desacuerdo notable en sus recreos y en sus ocupaciones. «La experiencia general no es poco engañada en este punto; lo que se procura conocer de un hombre para juzgarlo, no son sus *ocupaciones*, son sus *gustos*».

La historia lo mismo nos muestra que *Luis XVI* era simplemente un excelente obrero cerrajero. *Nerón* un poeta mediocre *Leon X* un buen *dilletante*. Estas consideraciones admiten, no obstante muchas excepciones. *Napoleón I.* leía á *Ossian*,

Byron leía á Pope y le prefería á Shakespeare, Federico II se entregaba á la música de salón. M. Hennequin no ha examinado, desde otro punto de vista, si el gusto literario de un pueblo en tal momento de su historia es siempre la expresión exacta de su naturaleza en ese instante. Al fin del último siglo se amaba las pastorales, el sentimentalismo, las frivolidades; no se hablaba mas que de almas sensibles, de almas tiernas, de zagales y zagalas, del regreso hacia la naturaleza; todo esto era en la superficie: la Revolución y el Terror se aproximaban. En nuestros días los extranjeros se formaban una idea rara de la Francia, á juzgar después de los éxitos de Zola.

«¡Que pueblo de costumbres violentas!» podrán decir (y es que lo dicen, en efecto.) — Nosotros no nos deleitamos en historias violentas porque somos un pueblo dulce. Somos como los niños que se divierten en los cuentos terribles.

«¡Que pueblo de pasiones intensas, enormes, irresistibles y fatales, como una fuerza de la naturaleza ó como una idea fija!» Somos un pueblo ligero, de pasiones á menudo superficiales como las llamaradas; nuestras ideas son desgraciadamente poco estables, sobre todo en política. Nuestros gustos literarios lo mismo varían sin cesar; el uno derrota al otro en el mismo día: de mañana Jorge Sand, á la tarde Balzac. Somos un pueblo eminentemente de pensamiento y de sentimiento sociable. Es por esta razón que destinamos á toda nueva obra de arte, nuestra atención, nuestra simpatía sin dar la por esto y enteramente, á una sola. Hoy, unos leen á Zola; otros á Ohnet!

(Continuará).

Definiciones de la lógica

(Explicaciones recogidas en el aula de filosofía)

Se ha definido la lógica diciendo que es el arte de razonar; esta definición fué modificada mas tarde por Whately diciendo

que la lógica es la ciencia y el arte de razonar.

En efecto, es ciencia y arte: «todo arte, dice S. Mill, presupone, salvo en condiciones rudimentarias, la ciencia; y si no lleva el nombre de alguna ciencia, es porque á menudo varias de ellas sirven de base á un solo arte».

Pero la definición de Whately no es exacta. La lógica no se ocupa solamente de los *raciocinios*, sino que también trata de los *juicios*, de las *ideas*; etc y de consiguiente la definición es estrecha.

Otros filósofos han dicho: la lógica trata de las *operaciones del espíritu humano en sus relaciones con la verdad*. Si la primera definición es estrecha, esta es demasiado extensa: existen dos clases de verdades: unas que conocemos de una manera directa, por intuición; otras que conocemos de una manera indirecta, por el razonamiento. Si yo digo que en este momento estoy sentado, es una verdad que conozco directamente y no tengo necesidad de recurrir á la lógica para convencerme de que, efectivamente, me hallo sentado; pero en cambio si digo: la suma de los tres ángulos de un triángulo es igual á dos rectos, yo afirmo una verdad que no conozco por intuición, y para convencerme de la certidumbre de lo que afirmo, he de recurrir al razonamiento. Ahora bien: la lógica nada tiene que ver con la primera clase de verdades, pero si con las segundas.

Stuart Mill dice: *La lógica es la ciencia de la estimación de las pruebas: comprende el proceso que consiste en ir de verdades conocidas á verdades desconocidas y las operaciones auxiliares de este proceso: es decir, la de nombrar, porque el lenguaje es instrumento del pensamiento; las de definir y clasificar, porque estas operaciones sirven para acordar mejor nuestras pruebas y las conclusiones sacadas de ellas, para ordenar los hechos que tengamos que investigar*

« y para percibir mejor las demostraciones que haya: dichas operaciones son los útiles que usamos al buscar la verdad » y deben ser estudiadas como se estudian « en cada arte los útiles del mismo; de modo que mi estudio comprenderá: la inferencia, las operaciones auxiliares de ella, y reglas que servirán para averiguar si una prueba dada es capaz de demostrar una proposición dada. No descompondré las operaciones en cuestión en sus últimos elementos; aunque quitando un eslabón de un razonamiento, el razonamiento se deshace, no pasa lo mismo con el análisis de dicho razonamiento: puede servir, aunque todavía lo analizado sea susceptible mas tarde de un nuevo análisis. El análisis químico ya hecho vale aunque se averigüe que son compuestos los cuerpos simples. Mi análisis sólo tendrá por fin poder distinguir entre una buena y una mala inferencia: si los llevara más lejos llegaría al dominio de la metafísica, que decide cuales son los hechos últimos y cuales pueden resolverse en otros. Cualquiera que sea la solución que á ese problema se dé, la lógica es el campo comun donde todas las opiniones pueden concordar, y por tanto no ataca creencias y sólo da el criterio para saber que es lo que está demostrado. Sin embargo, el estudio de la lógica tiene una tendencia á hacer que se resuelvan de un modo especial las cuestiones de la metafísica: ésta estudia las proposiciones que no tienen prueba; procede por una interrogación de la conciencia, ó mas bien de la memoria; pero cada vez que saca conclusiones, la lógica decide si están bien inferidas.

La definición de S. Mill ha sido aceptada. *La lógica es la estimación de la prueba.*

En efecto ella, por si sola, no enseña á buscar la verdad. Un lógico, sin estudiar astronomía, no podrá descubrir un astro, sin estudiar medicina no podrá curar á un enfermo; pero si el pensador reúne las con-

diciones necesarias para descubrir una verdad, una vez que esta surge ante su espíritu, la lógica la enseña á estimarla, á apreciarla.

Rabier ha definido la lógica diciendo: que es *la ciencia que estudia las condiciones del acuerdo del pensamiento consigo mismo y con la verdad*.

Esta definición se divide en dos partes; primero: condiciones del acuerdo del pensamiento consigo mismo; segundo: condiciones del acuerdo del pensamiento con la verdad.

La primera parte de esta definición es lo que se llama *lógica pura*, la segunda *metodología*.

Algunos filósofos, entre ellos Kant, admiten sólo la lógica pura. Kant, con esto, se propuso dar á esta ciencia la exactitud de las matemáticas, quizo que, la lógica partiera siempre de principios considerados como verdaderos, para deducir de ellos conclusiones también verdaderas, sin que nada le importara al lógico la realidad del mundo exterior: bastábale á Kant que el pensamiento estuviera de acuerdo consigo mismo; pero se ha dicho, con bastante fundamento, que esta manera de considerar la lógica hace de ella una ciencia que á nada útil conduce.

El acuerdo del pensamiento consigo mismo no basta; es necesario que también lo esté con la realidad; por ejemplo, si yo digo: Todos los tiranos son justos. Nerón fué un tirano; luego Nerón fué justo, no me contradigo, mi pensamiento está de acuerdo consigo mismo, pues yo establezco dos premisas y de ellas saco una conclusión que es verdadera con relación á las premisas; pero mi pensamiento no está de acuerdo con la realidad, pues yo empiezo por afirmar que todos los tiranos son justos lo cual no es verdadero y por lo tanto la conclusión tampoco será verdadera, luego será falsa, luego no basta que el pensamiento esté de acuerdo consigo mis-

mo; es necesario que también lo esté con la realidad.

El pensamiento puede estar ó no estar de acuerdo consigo mismo en las ideas. en los juicios y en los raciocinios.

En las ideas: si yo digo *un círculo*, expreso una idea que puedo concebir perfectamente; en cambio si digo *un círculo cuadrado* incurro en manifiesto contradicción, pues no es posible siquiera concebir tal figura geométrica.

En los juicios: *los cuerpos son extensos*; si dijéramos *los cuerpos son inextensos*, el juicio sería contradictorio.

En los raciocinios: el ejemplo que hemos citado mas arriba.

J. A. R.

Una víctima de los cajistas

En el corto tiempo transcurrido hasta hoy desde el día en que empecé á agradarme echar de vez en cuando una pluma en las páginas de algun diario, mis escritos, — mejor dicho mis macanas — han sido muchas veces estropeadas por los cajistas, que parecen divertirse, torturando con la catapelta de su descuido, los escritos confiados á sus manos. Pero si magulladuras han recibido mis plumadas, nunca han sido víctimas de azotes más crueles que los que recibieron en el primer número de la tercera época de LOS DEBATES.

He visto errores de imprenta garrafales; y recuerdo que, poco tiempo antes de morir, el festivo escritor español Goñi, publicó, sobre ese tema, un graciosísimo artículo que consideré como el fruto de una exajeración jocosa, mas que como la fiel transcripción de la verdad.

Pero hoy, cuando he sido yo la víctima, el cambio de parecer ha sido radical y brusco; reconozco que errores como este: embarazó á su mujer, por abrazó á su mujer; no solo son posibles, sino que son

deslices insignificantes comparados con los que voy á hacer notar.

Se me ha atacado, y por ende poseo el egítimo derecho de defenderme.

Quisiera que mi defensa fuera atroz para que sirviera de escarmiento en lo sucesivo; quisiera poner en práctica la pena «de diente por diente, ojo por ojo» para hacer purgar las faltas cual su importancia lo merecen; pero me domina un sentimiento de benevolencia, y por eso, si bien seré inflexible, seré también humanitario.

Emprender la corrección de mi artículo es tarea engorrosa, — más valdria publicarlo de nuevo, corrigiéndolo mejor —; pero ya que tal cosa no es exigible, abordaremos la tarea, despreciando sus dificultades. Así, pués, comencemos.

El primer párrafo, perfectamente; no hay falta alguna (me refiero á las de imprenta); el segundo *idem eadem idem*; no así el tercero donde la fusta del cajista, comenzó á *acariciar* el cuerpo de mi desgraciado artículo; pero no fué nada; el error es leve y no produjo mayores consecuencias.

Continuando, llegamos al cuarto párrafo. Aquí el látigo silbó fuerte y el golpe fué más rudo. Los primeros machucones hicieron poner en la línea 29, *visotadas*, por risotadas; y más abajo, en la línea 36, *anumacos*, por arrumacos; y más lejos aún, dos errores aparecen juntos: *concurrencias*, por ocurrencias, y *solazaron*, por solazan.

Signiando, la magnitud de los disparates va *in crescendo*, y así se me hace decir, horizonte *destruido*, por obstruido. ¡Ay! ¿Creerán Vds lo que voy á decir? ¿creerán que pueda ponerse esto: «aparece por el vientre de la Luna»? Esto es grave; hete aquí que á la «pálida mensajera de los cielos» algo le aparece por el vientre...

... ¿Peligrará su virginidad? No, porque en vez de tal cosa, debe decir: aparece por el oriente la Luna. Pero esto aún es poco;

ya hemos de encontrar errores mayores, aunque no tan *impúdicos*.

Continuando, encuentro: *gestio*, por *gentio*, y 26 líneas más abajo encuentro: «*preciosos*, murmullos», en vez de prosaicos murmullos.

Vuelta la hoja y adelante. Leo el primero, el segundo y el tercer punto, y nada encuentro; llega el cuarto y aparece: *supiese remediar*, por *supiese remedar*, y en el párrafo inmediato, en la última línea, se encuentra un error que fácilmente se salva.

En avant! Me encuentro de pronto con un error garrafal, imperdonable. Eso de poner la Luna *enzartada* en medio de las tinieblas. *c'est très fort, c'est très drôle*; pero felizmente se arregla sustituyendo por engarzada en medio, etc.

Prosigamos. El punto que sigue muy bien, no así el inmediato. Poner *curámbanos*, por carámbanos, y en vez de calados, *coludos*, es algo que, francamente, solo se le ocurre á un. . . orejudo.!

Luego, buscando siempre, encuentro: «es el motor que *persigue*», cuando debe decir *prosigue*», y luego. . . nada mas hallo digno de corrección.

Para concluir séame permitido una reflexión. El *Times* de Londres, uno de los primeros diarios del mundo, da el premio de una *libra* al que encuentre un error de imprenta en sus columnas; superfluo es decir, que obtiene tal gratificación la persona que primero denuncie la errata á la administración del periódico, una vez lanzado éste á la circulación. Si LOS DEBATES retribuyera, no digo ya con una *libra* sino con un real, cada error que se encuentra en sus páginas, creo que no es aventurado afirmar, que el desequilibrio que tal erogación produciría en su caja, pondría en serios apuros la vida de la simpática revista. Por otra parte, me comprometería yo á vivir con los resultados de esa tarea escudriñadora, en la seguridad

de que me levantaría una *ponchada* de reales cada vez que apareciera un número.

Termino haciendo votos para que este escrito salga mejor que el anterior, porque, á no ser así, será cuestión de poner una *fé de erratas* á esta *fé de erratas*.

L. Thevenin.

TRADUCCIONES DEL LATÍN

SEGUNDO AÑO

ANÉCDOTAS

(Ordenado y traducido expresamente para los estudiantes de Latín)

(Continuación)

IV

Contrucción.—Octavius Balbus proscriptus a triumviris, cum egressus esset clam domo postica et haberet jam expeditum initium fugæ; postquam accepit, falso clamore viciniæ, filium trucidari intus, obtulit se ei neci quam evaserat et tradidit militibus occidendum; æstimans pluris, nimirum illud momentum, quod contingerat illé videre filium incolumem præter spem quam salutem suam. Miseros oculos adolescentis, quibus necesse fuit intueri patrem amantissimum sui, expirantem sic opera ipsius!

Traducción — Octavio Balbo proscripto por los triunviro, como hubiese salido á escondidas por la puerta trasera de la casa. y tuviera ya expedito el principio de la fuga; después que supo, por el falso clamor de la vecindad, que el hijo era muerto en el interior, se presentó á él para la muerte que había evadido; estimando en mas, ciertamente, aquel momento en el que le habia tocado ver al hijo ileso, contra la esperanza que por su salvación ¡Miseros los ojos del jóven, á los cuales fué necesario ver á un padre tan amante de él, muriendo de este modo por obra del mismo!

ORACIONES DE CICERÓN

Oración Primera

CONTRA LUCIO CATILINA

Construcción—Catilina, quousque abutere tandem patientia nostra? Quandiu iste tuus furor eludet etiam nos? Ad quem finem audacia effrenata jactabit sese? An nihil praesidium nocturnum Palatii, nihil vigiliis urbis, nihil timor populi, nihil consensus omnium bonorum, nihil hoc locus munitissimus senatus habendi, nihil ora et vultus horum moverunt te? Non sentis consilia tua patere? Non vides jam conjurationem tuam constrictam teneri conscientia omnium horum? Quem nostrum arbitraris ignorare, quid egeris proxima nocte, quid (egeris) superiore (nocte), ubi fueris, quos convocaveris, quid consilia ceperis?

Traducción — ¿Catilina, hasta cuando abusarás finalmente de la paciencia nuestra? ¿Hasta cuando este tu furor jugará también con nosotros? ¿A que fin (á donde) tu audacia desenfrenada se dirige? ¿Acaso nada la guarnición nocturna del Monte Palatino, nada la vigilia de la ciudad, nada el temor del pueblo, nada el acuerdo de todos los buenos, nada este lugar fortísimamente donde el senado está, nada las bocas (la expresión de la boca) y el semblante de estos te conmueve? ¿No sientes tu resolución descubierta? ¿No ves ya que la conjuración tuya constreñida es repudiada por la conciencia de todos estos? ¿Que nosotros piensas ignoramos, lo que hiciste la próxima noche, lo que (hiciste) la última (noche), donde estuvieras, á quienes convocaste, que resolución tomaste?

Continuará.

ECOS UNIVERSITARIOS

Pedido justo.—Las mayoría de los estudiantes de la facultad de Matemáticas ha elevado al Superior Gobierno una solicitud en la cual se pide como acto de justicia que se nombre Presidente del Departamento Nacional de Ingenieros al distinguido Ingeniero Don Manuel Garcia de Zúñiga.

La actitud de nuestros compañeros de la Facultad de Ingeniería, al pedir la Presidencia del Departamento, para el competente y honestísimo profesor, es leal y noble; tanto mas cuando el precitado señor es el que ha cumplido con mas rigor los principios de equidad y justicia que deben acompañar siempre al magisterio, y que por desgracia parecen ser desconocidos por muchos en esa Facultad.

Creemos pues que el pedido es justísimo y que el Gobierno inspirándose en el bien del país accederá facilmente á él.

Explicando.—Antes de dar á luz nuestro primer número ya el señor profesor de Cosmografía, en vista de que en dicha cátedra, concurría un número relativamente grande de estudiantes, dividiólos en dos grupos para las observaciones nocturnas. Nosotros ya habíamos dado un pequeño suelto en el cual señalabamos la conveniencia de esa división. Al saber que dicho Catedrático procedía de esa manera tratamos de retirar el suelto; mas como estaba en prensa nos fué imposible hacerlo así.

Abuso.—Advertimos á las autoridades Universitarias que todavía algunos catedráticos no han inaugurado los cursos de las cátedras que regentean.

Es justicia.—Los estudiantes de 2.º año de Filosofía han presentado al Consejo Universitario una solicitud pidiendo que en vista de la carencia absoluta de texto de estudio, se conceda como tal la Filosofía de Paul Janet y como programa el Índice del mismo.

Siendo tan grandes las dificultades con que se tropezaria si así no sucediera, creemos que el Consejo concederá facilmente al pedido formulado.